



Malena es un nombre de gato

(Otro cuento uruguayo)

Ilustraciones Edwin Monsalve

Rodrigo Blanco Calderón

Malena descansa del amor de una manera (ya es hora de decirlo) masculina. La cartelera de cine, capítulos repetidos de *Friends* y, de vez en cuando, algún libro, le sirven de cortina para olvidar el espejismo caluroso de nuestros cuerpos. Esto ocasiona en mí, de acuerdo a la ley de acción y reacción, el impulso femenino de acortar el espacio. Ahogar con un abrazo los aires de fuga que a los hombres deja el placer.

Malena es física y lee la literatura como si fuera una ecuación. Por eso tarda tanto: pone en relación todos los elementos de un pasaje y no continúa hasta percibir una totalidad. Ahora está leyendo el borrador del cuento. Su nombre aparece desde las primeras versiones, cuando aún no la conocía. Le digo que sólo ella me puede ayudar y por eso me llama supersticioso.

Ahora me arrepiento. Sin contemplaciones, me ha pedido que la deje sola. La imaginación, para Malena, como el universo mismo, es una cuestión de leyes y espacio. Salgo desnudo, tomo mi bata del baño y me vengo al estudio a escribir. A releer el enésimo borrador del cuento y a escribir. Es mi forma de escabullirme otra vez en la habitación. Escribo y me transformo en la palabra gato, trepo a la ventana para aproximarme a Malena, la de la historia y la de mi vida. Acaricio la cicatriz en mi pecho y comienzo desde el principio.

El título tentativo es “Otro cuento uruguayo”. Está basado en la otra gran anécdota que me traje de mi primer viaje de divorcio, que hice hace más de 15 años a la República Oriental del Uruguay. Tener que viajar hasta ese país para entender que cuando Borges habla de orientales no se refiere a los japoneses. A veces nos toca viajar a lo que nombran

las palabras para entenderlas. Así me pasó con mis pensamientos y con Clara. Sabía que si viajábamos juntos nos íbamos a separar. Sin embargo, no sé de dónde, me inventé un *mantra* que repetí a cuantos amigos conocían nuestra situación: “Los viajes unen o separan”. Una mentira kilométrica. Los viajes siempre separan. Incluso a los que viajan felices. Cada uno posa los ojos en cosas distintas, o en las mismas cosas de manera diferente, y en esos desencuentros crecen secretas distancias.

De la otra gran anécdota, que me llegó entera, surgió el cuento “Bulevar Tristán Narvaja”, ganador de un premio y que fue acogido con amistad por los lectores. Esta otra, en cambio, se niega a convertirse en postal. En su momento, Carolina se ofreció a ayudarme con el dudoso argumento de ser uruguayo. Yo nunca supe qué tenía que ver el Uruguay con el repentino lesbianismo de Clara. De qué torcida manera aquel país melancólico, ese taponcito tanguero que apaciguó las guerras entre Brasil y Argentina, transformó el miedo a la penetración en un gusto por las mujeres.

En esos momentos yo estaba sobrio. De hecho, no bebí una gota de alcohol en todo el viaje. Fue una de las condiciones que impuso Clara después del escándalo que armé cuando me enteré del asunto con el hijo de puta de su psiquiatra. Estaba sobrio y escuché perfectamente cada una de sus palabras.

—Creo que me gustan las mujeres.

—A todas las mujeres les gustan las mujeres, Clara.

—No es eso, Ricardo. Sabes que nunca me ha gustado del todo la penetración. Creo que soy lesbiana.

—¿Y por qué no convenciste de eso a tu psiquiatra? ¿Por qué no le dijiste precisamente eso a tu psiquiatra?

—No toques ese tema, Ricardo. Recuerda que ésa fue la condición para este viaje.

—Y que yo no tomara.

—También.

—Mejor hubiera sido no prometer nada.

En el desayuno, mientras leíamos la prensa, una noticia cortó la tensión de la mañana. Clara se puso de pie.

—La cámara —dijo.

Me pasó el cuerpo del periódico y fue a cambiarse.

Aún conservo el recorte de prensa. Me lo entregó la misma Clara, cuando se lo pedí un año después de la separación. Ya había formalizado mi relación con Carolina y aquel gesto fue su manera de asegurarme que no me guardaba rencor.

El encabezado y el sumario decían, o dicen, lo siguiente:

Ladrón le pegó una patada a un gato y el furioso felino aulló como sirena policial y lo mandó preso. *El individuo de 35 años, además de no ser ningún santo, tampoco era dulce y ello le costó caro. Ayer andaba dando vueltas por el barrio del Cerro y le gustó esa casa de la calle Montero Vidaurreta que tenía la puerta entornada.*

Clara se había terminado de convencer al leer el relato del suceso:

Cuando se disponía a entrar en la finca se topó con un corpulento gato que más bien parecía un patovica que le impedía el paso. Los ojos del felino se posaron desafiantes en los del ladrón, quien en vez de pasarle la mano por la cabeza para hacerse amigos, le pegó una patada en el medio del lomo, echando por tierra con todo rigor urbano. El gato salió volando por los aires y cayó a unos ocho metros, donde, como todos los de su especie, quedó parado en sus cuatro patas y enseguida empezó a aullar cual sirena policial. Pese al escándalo, el sujeto igualmente entró a la finca y manoteó un bolso y un monedero, para luego escapar en medio de los alaridos del gato que despertaron a medio barrio. Varios vecinos, alertados por la mascota convertida en tigre, vieron escapar al ladrón y avisaron a la policía. Una de las patrullas le interceptó el paso en Carlos María Ramírez y Camambú, y procedió a su detención, en tanto otros policías recuperaron lo robado en Concordia y José Mármol.

En el momento en que el frustrado ladrón era conducido a la Seccional 24ª, los policías no entendían por



qué el individuo insultaba tanto al pobre gato que en ese momento ya estaba sentado nuevamente en el lugar designado por la dueña del inmueble.

—Tengo que fotografiar a ese gato —dijo Clara.

—Falta ver si todo esto es verdad —le respondí. Pensaba en las notas estrambóticas de sucesos que escribíamos a partir de rumores inciertos, para matar el aburrimiento los días de guardia.

—Esperemos que sea cierto.

Clara atravesaba por una crisis transversal de identidad. Quería ser, o creía que quería ser, fotógrafa y lesbiana. Ahora es ilustradora de cuentos infantiles y está felizmente casada y tiene dos hijos. Pero en aquel instante, el plural de esa esperanza indicaba lo que en realidad estaba en juego.

—¿Por qué es periodista?

Es Malena, en pantaletas y con las páginas entre sus manos, apoyada en el dintel de la puerta.

—¿Quién?

—El personaje. Si se llama como tú y estás contando la historia de tu viaje con Clara, ¿por qué inventar que es periodista? ¿Fue verdad lo del psiquiatra?

Malena no pregunta por Carolina. Sabe que eso fue cierto y que esas cosas pasan. De resto, le repito de forma mecánica el conocido discurso sobre las relaciones entre realidad y ficción, de cómo el lenguaje siempre implica una mínima pero insalvable distancia entre ambos espacios y todo el rosario de matices que vengo dictando a mis alumnos de teoría literaria desde hace años.

Sé que no me escucha y que yo tampoco me escucho. Mientras hablo, detengo la mirada en la larga cicatriz que acompaña su pierna izquierda como una sombra pálida. Sabe que la observo. Que no me canso de indagar en su cicatriz y de imaginarme el posible accidente o la irremediable operación. Más que saberlo, ya lo da por sentado, así no la esté mirando. Su cicatriz es el jeroglífico de toda una vida anterior a mí.

Malena permanece otro rato recostada del umbral, releendo algún párrafo y luego se regresa al cuarto.

Hacia las 11 de la mañana, después de mucho preguntar, tomamos el autobús que nos va a dejar a pocas cuadras de la calle Montero Vidaurreta. En

el autobús sólo hay cinco pasajeros: una anciana, un señor con un niño, Clara y yo. La anciana mira el discurrir de la ciudad por la ventana. El señor le arregla el uniforme de fútbol a su hijo, un niño de unos ocho años que al verlo provoca en nosotros una inocultable curiosidad. Es hermoso, sin duda. Fuerte de cuerpo, cabello liso y erizado, grandes cachetes y unos ojos inmensos, verdes, oscuros y serios. Al poco rato, ya estamos conversando con el señor. Nos pregunta de dónde somos, hablamos de Venezuela, de la situación política y no tardamos en tocar el tema obligatorio de esos días: el conflicto con Argentina por la instalación de plantas de celulosa en el río Uruguay.

—El país ha perdido más de trescientos millones de dólares en las últimas dos semanas por culpa de los piqueteros.

El señor está verdaderamente indignado. El niño, quizás porque está acostumbrado a los arranques del padre, quizás porque en realidad sólo piensa en la inminencia del juego, ni se inmuta. Quizás sólo tiene sueño. De todas formas, no me puedo quitar la sensación de que ese niño me mira como desde otro tiempo. Se sabe recuerdo. Me mira desde mi incierto futuro, desde la memoria de la cual ya forma parte junto a eventos que aún no han ocurrido. Me mira con serena agresividad, pienso, y una inquietud repentina por lo que vendrá me hace temerle en silencio.

Nos bajamos en la misma parada que ellos.

—Estamos en General Artigas. Caminen hasta General Oliveira. En la esquina, doblan a la izquierda, como quien baja, y ahí caen en la Montero Vidaurreta.

Le agradecemos, nos despedimos y seguimos nuestro camino.

—¿Te fijaste en el niño?

—Lindo —dice Clara.

—Sí, pero tenía algo. ¿No te parece?

—Los ojos.

—Exacto. Demasiado serio para un niño.

—Me recordó a Galliano.

—¿Galeano? ¿El escritor?

—No, tonto. El diseñador. Bueno, en realidad le pusimos así por el diseñador.

—¿A quién?

—Al gato. Galliano fue el gato que me regaló mi mamá a los ocho años.

La Montero Vidaurreta era una larga calle en descenso. Decidimos comenzar subiendo por la acera izquierda para luego peinar, en bajada, el conjunto de las casas del lado derecho.

Era sábado al mediodía pero había poca gente. Al remontar la subida, unos hombres desmontaban los tarantines de un mercado de (a juzgar por los restos) carnes, granos y legumbres. Tuvimos de nuevo esa sensación, que parecía distinguir a cada rincón de Montevideo, de haber llegado tarde. Esa misma nostalgia, de fiesta que termina, que transmiten sus habitantes.

—¿Y cómo viniste a parar aquí?

Después de varios días recorriendo la plaza Constitución, la chica de los helados se había animado a hablarme.

—Vinimos de vacaciones a Buenos Aires y decidimos saltar el charco.

La muchacha hizo un gesto de leve desdén.

—Es lindo esto por aquí —agregué, por decir algo.

La muchacha estaba como quien mira llover.

—Este es país para viejos —fue lo que dijo al rato.

Comenzábamos a descender por la otra acera. Era evidente el desánimo. Ya empezábamos a cuestionarnos el sentido de aquella aventura mañanera, de ese viaje desesperado de vacaciones para salvar nuestro matrimonio, cuando tropezamos con un hombre joven saliendo de una de las primeras casas. Le contamos la anécdota del robo frustrado por el gato. El hombre sonrió, extrañado, pero no había escuchado nada al respecto. Nos recomendó que fuésemos a la casa amarilla de la esquina, donde vivía una señora, la de mayor antigüedad en el barrio. Si algo así había pasado en la Montero Vidaurreta, ella debía de estar al tanto.

Al llegar a la esquina, sentada junto a una de las ventanas que daban a la calle, estaba la señora. Tendría unos 80 años y, efectivamente, la señora había nacido y pasado toda su vida en el mismo barrio. Le contamos la anécdota del robo y el gato. Nos escuchó con atención y sin sorpresa. Al igual que el hombre de hacía unos momentos, ella no había escuchado nada de ningún robo ni de ningún gato. Entonces, como si tuviera el deber de compensar nuestro viaje, nos contó la historia de su vida. Una vida breve, sin movimientos ni sobresaltos, y que por supuesto ya olvidé. En ese instante, sin embargo, me pareció comprender lo que había querido decirme días atrás la muchacha de los helados.

Continuamos el descenso e hicimos un pequeño hallazgo. De un árbol muy alto pendía una rosa roja. Reconstruí, forzando la vista, el cable verde y espinoso que la conectaba a tierra. No pudimos explicarnos de qué manera una rosa había prosperado en un árbol tan anodino como ese y, además, cómo se las había arreglado para encaramarse en aquellas alturas. Clara, con una sonrisa de niña, sacó la cámara y le tomó varias fotos.

Seguimos caminando sintiéndonos un poco mejor. La levedad de la rosa pendía como un consejo: olvidar planes y mapas y sólo aceptar las virtudes luminosas que el azar quisiera entregarnos. Por supuesto, al ver al gato negro reposando en el marco de la ventana, me olvidé de la rosa y de su eco. Se lo señalé a Clara y hacia allí nos dirigimos.

La casa hacía esquina entre la Montero Vidaurreta y una calle anónima. El gato negro descansaba en el marco exterior de una ventana. Movía la cola lentamente. Apenas reparó en nosotros. Clara me apretó el brazo: la puerta de la casa estaba entornada. Al fin habíamos encontrado lo que buscábamos.

Tocamos el timbre y regresamos a la esquina a esperar que apareciera el dueño de la casa. Al rato, salió una señora de mediana edad, vestida con una bata de flores y un mate en la mano. Clara le dio las buenas tardes y recapituló, por tercera vez en aquel día, la historia del robo y del gato.

—¿Es él, verdad? —preguntó Clara. Sólo en ese momento, volteando la cabeza, el gato pareció darse por aludido.

—Yo no he sabido de ningún robo. Y el señor Julio es lo más discreto del mundo.

La decepción de Clara no podía ser mayor.

Al igual que la anciana de la casa amarilla, la señora de la bata floreada hizo el resumen de su vida. Era profesora de literatura en un bachillerato. Su gran dicha fue haber identificado desde muy temprano cuáles eran los grandes placeres a los que podía consagrarse: tomar mate, leer y releer incansablemente la obra de Cortázar, y tener animales.

—Lo difícil, claro, es conseguir a alguien que no se sienta solo al lado de nuestros placeres.

El marido se había ido acostumbrando a los pelos de perro y de gato en el mate, a que la barba de un hombre lejano le robaba tiempo con su mujer, pero cuando ésta llevo dos gatitos recién nacidos a la cama que compartían, dijo que era suficiente. O los gatitos o él.

—Yo le expliqué que si los dejaba sueltos por la casa iba a ser peor. O destrozan la casa, o los perros los destrozan a ellos, o se pierden en la calle. Pero él no quiso entender.

De modo que esa noche y las siguientes, los gatitos durmieron cómodamente en una cama matrimonial amplia, triste y vacía.

—Muy triste, sí —dijo la señora, con una mano en el rostro. —Porque yo misma, a la semana, los maté.

Una noche particularmente fría, dormida y sin darse cuenta, los había aplastado con su propio peso.

Durante mucho tiempo no adoptó animales. El perro y los otros dos gatos también murieron, y los pajaritos que tenía escaparon. Años después llegó el señor Julio y desde entonces estaba con él.

—¿Qué pasó al final con las fábricas de papel? —Malena lleva puesto su pijama de siempre. Tiene el cabello mojado.

—¿Cuándo te bañaste? No escuché el agua.

—Sí, hace demasiado calor.



—¿Lo terminaste?

—Aún no. Me puse a ver televisión y luego me bañé.

—Te he dicho mil veces que no puedes hacer eso con un cuento. Con una novela sí, pero con un cuento no.

—Tengo buena memoria.

—No es cuestión de memoria.

—¿De dónde sacas eso de las plantas de celulosa? Eso fue mucho después de tu viaje con Clara. No entiendo por qué no cuentas las cosas como son.

Malena se acerca, me besa y se retira. La oigo trajar en la cocina y luego regresa a nuestra habitación.

Contar las cosas como son. Sujeto, verbo y predicado. Ricardo y Clara. Ricardo y Carolina. Dos viajes y dos separaciones. Alcohol. Complemento circunstancial de lugar: Buenos Aires, Montevideo, Praga, Budapest, París y Barcelona. Y luego, ¿qué?

Veo nuestras cicatrices, la de Malena y la mía, como las líneas de un mapa cuarteado de silencio. Un cable sinuoso, anudado en una entrega tensa, suspendido en el abismo de lo no dicho.

—Una cicatriz es como un segundo ombligo. De algún modo es la huella de lo que causó nuestro tránsito —me dijo Jorge.

Jorge es psiquiatra y es mi amigo. Me ayudó años atrás a dejar el alcohol y sin convertirme en evangélico, poco después de mi segundo viaje de divorcio. Eso fue lo que me dijo cuando le comenté de mi relación con Malena, de lo bien que nos llevábamos, del magnífico sexo y también de la alambrada de nuestra felicidad: nuestras cicatrices y el extraño y tácito y nunca explicado acuerdo de no querer saber nada de ellas.

—Son como los jeroglíficos de sus respectivas existencias previas —sentenció—Quizás el temor proviene de ahí.

—¿Me permites usar esa frase?

—Es inútil hablar contigo.

Clara había perdido todas las esperanzas. Estábamos en el tramo final de la Montero Vidaurreta. Una anciana salió de un kiosco de chucherías, trancó la puerta de metal y la aseguró con un candado. Clara ni se fijó en ella. Por no dejar, me adelanté y esta vez me tocó recapitular la historia del robo y del gato.

—¿Salió en *La Nación*, me dice?

—Ajá.

—No crea ni una cuarta parte de lo que dicen en ese periódico.

—Pero, ¿supo algo de algún robo y un gato?

—Por supuesto que supe. Sucedió en mi casa.

Clara aún no salía de su estupor, cuando ya estábamos en frente de la casa. Era la tercera, a partir del kiosco. Una anciana, casi idéntica a la señora, reposaba en una mecedora mientras repasaba con paciencia la vereda.

—Ceci, aquí los señores quieren conocer a la gata. En *La Nación* publicaron que la Nena maulló tanto que despertó a todo el barrio y que impidió el robo. ¿Podés creerlo?

Ceci soltó una carcajada y movió la cabeza hacia los lados, como condenando una nueva travesura de los redactores del periódico.

—Son una sarta de mentirosos —dijo la señora Ceci. Luego se puso de pie y se perdió en la oscuridad del umbral.

—¿Y de dónde vienen? —preguntó la señora del kiosco, cuyo nombre nunca supimos.

—De Venezuela.

—Ah, mirá vos. Y, ¿Chávez, cómo se porta?

En ese momento, regresó la señora Ceci con la gata entre los brazos. Era enorme y a la vez delgada. Su pelambre corta era una colcha de retazos blancos, negros y castaños. Clara se acercó emocionada, quitándole el lente protector a la cámara. La vi tan hermosa en ese momento que me sentí muy triste. Habíamos encontrado al gato y de todas formas intuía que ya no quedaba

nada por rescatar. Clara quiso tomarme una foto con el animal.

—Ven, Nena —le dije extendiendo los brazos hacia la gata, que permanecía arrullada en los brazos de la señora Ceci.

—Se llama María Elena, en realidad. Pero le decimos Malena, o simplemente la Nena.

Y fue entonces cuando el zarpazo, como una firma de sangre que cierra un trato, me cruzó de una vez y para siempre el pecho.

Malena duerme profundamente desde hace un rato. Me hizo el amor con un furor de crepúsculo, de última defensa caída. Luego, por primera vez, permaneció aferrada a mi pecho, hablando sin parar. Quiere que viajemos a Holanda. Allí vivió durante los años de su doctorado.

—Tenemos que ir —insistió. Me acariciaba sin cesar la cicatriz, como quien subraya la primera frase, o la última, de un cuento.

Cayó en un sueño rotundo. Sin necesidad de acallar los ruidos, vine de nuevo a mi estudio para escribir y para pensar. Busco en internet un diccionario español—holandés. Siento la eterna fascinación de los secretos y de las lenguas desconocidas (en el fondo, todo secreto es una verdad simple en un lenguaje desconocido).

Recuerdo las iridiscencias pálidas en la pierna izquierda de Malena, tan parecidas a esta hora de la madrugada al idioma holandés, y me conforto con la idea de viajar hacia las declinaciones de mi más íntima palabra. ■

Rodrigo Blanco Calderón (Venezuela)

Ha publicado los siguientes libros de relatos: *Una larga fila de hombres* (Caracas: Monte Ávila, 2005 y 2007) y *Los invencibles* (Caracas: Mondadori, 2010). En 2007 fue galardonado en el Concurso de Cuentos de El Nacional. Ese mismo año conformó el grupo de escritores del Bogotá39, en el que se reunió a una muestra representativa de nuevos narradores latinoamericanos menores de 39 años. Es profesor de la Escuela de Letras de la Universidad Central de Venezuela.